

En el principio fue el sonido

María Rosa Vicente Oliva

Día Mundial del libro · 23 de abril de 2010
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

En el principio fue el sonido

Rosa María Vicente Oliva

En la cama. En el sofá. En el asiento de atrás de un coche. Y también en el de delante. En la mesa de la cocina. En la playa. En la bañera, con un poco de cuidado. En todos estos sitios, y en muchos otros más podemos leer.

Resulta un poco extraño hacer un elogio de una actividad tan placentera y necesaria como la lectura, que me ha acompañado a lo largo de mi vida y ha cumplido años y sueños conmigo. Que en mi sed infinita ha sido el agua y a veces la tormenta, de vez en cuando devastadora, pero llena de sentido. En “Érase una vez en América” , cuando tras el paso de los años dos amigos se reencuentran le preguntan a Rober De Niro: “¿Qué has hecho todos estos años?”. Y él responde: Leer.

Aunque para mí en el principio fue el sonido: El sonido de los versos recitados por mi padre. Su voz dando forma a unas imágenes y a unos sentimientos que más tarde relacioné con los títulos de algunos poemas, con los nombres autores. En aquel momento aún había tantas cosas que no tenían su propio nombre que hoy no puedo reproducir esas sensaciones concretas, pero solo sé que me resultaban cálidas y agradables. Luego aprendí que los bichitos caprichosos que bailaban en un papel tenían un sentido y que no solo eran hormigas, sino voces que hablaban, y me hablaban a mí, poseedora de una nueva clave para entender su mundo dibujado.

La lectura y toda la rigurosa puesta en escena que la rodea. Entrar en una biblioteca vacía, teniendo ante ti todas esas ventanas abiertas que son los libros, todas las vidas que te esperan dentro. Su olor, el fragor vertiginoso de una librería bien surtid. La inevitable pesadilla de una estantería colmada de libros y los quebraderos de cabeza pensando “y éste donde lo pongo”. La desazón que queda cuando tienes que abandonar la lectura de un poema o de un capítulo a la mitad porque de buenas a primera suena el timbre o el teléfono y es otra la realidad que se empeña en interrumpirte. O el asombro, no mucho menor, cuando relees un libro después de mucho tiempo, y al volver a sumergirte en sus palabras descubres cuánto has cambiado tú, o tal vez ambos.

Hace casi tres mil años en la tierra que hoy llamamos Grecia, los primitivos lectores, en realidad simples oyentes, escuchaban con placer historias que contaban los aedos referidas a los héroes de la mitología, en especial el retorno a sus hogares de los protagonistas de la guerra de Troya. Y escuchaban combinando el placer que les proporcionaban esas historias con el placer de la comida, el de la grasa densa y cálida resbalando de los trozos de carne asados en la hoguera, y con el abrazo caliente del vino.

Es todo placer, un placer sensual que alborota los sentidos y que comienza, como ya he dicho, en la infancia y que allí mismo se va forjando con los libros que aún recuerdo, que han dejado su poso profundo, pero también con aquellas otras lecturas anónimas, con aquellos libros que pasaron por mis manos y por mi imaginación de un modo fugaz y de los que hoy no queda ni una huella liviana.

El acto de leer como un acto de conocimiento, de sabiduría, y de decisión. El traslado cotidiano de los libros, como una sombra fiel, de la alborotada mesilla de noche a la mesa del salón; su forma y su calor familiar al lado de las gafas, del paquete de tabaco, a veces señalados por el círculo húmedo de una copa. El libro que se hace su hueco en la estrechez de una maleta dispuesto a embarcarse contigo en un nuevo viaje.

Aunque cada libro, ya se sabe, es un viaje. Tal vez por eso la fascinación que desde muy temprano levanto en mí una ciudad, la Alejandría de Durrell, precursora de todas las ciudades de mi vida, esas que, como la Roma de Alberti, viven ya en mí.

Ciudades levantadas con las palabras que evocan olores, luces, sonidos, colores, gestos y sensaciones.

Para mí resulta extraño elogiar una actividad tan natural y tan placentera, pero supongo que es necesario hacerlo porque aún hay mucha gente que se enorgullece de leer un periódico deportivo, y no entero, o un manual de instrucciones del último modelo de televisor: Porque todavía hay mucha gente que siempre pregunta, “¿y no lo hay en película?”. Pues no, no lo hay en película y tampoco te lo puedes bajar de Internet. Hay que levantarse, ir a una librería, a una biblioteca, comprarlos y amontonarlos en casa como se amontonan los buenos recuerdos: los libros silenciosos y obedientes que aguardan que una mano decidida los elija, los agarre del lomo y abra sus hojas con la misma determinación y solemnidad con que se abren las puertas de un templo.

Porque allí dentro también se guarda un misterio. El lector se va forjando con cada nuevo libro, sus páginas van dejando leves arañazos de vida, sus palabras con arados que trazan surcos en la imaginación.

No puedo imaginar un mundo sin libros, sin su presencia física, sin su peso ni su olor; no concibo un mundo sin el tiempo dedicado a los momentos de la lectura. La lectura y su compañero inseparable: el momento de compartir emociones, sensaciones o incluso decepciones con otros lectores, la charla alentada por un café humeante. Títulos y títulos que se apiñan, nombres de autores, el recuerdo de ejemplares concretos, aquel encontrado en un mercadillo, otro que guardaba entre sus páginas una postal de París o un tres de copas levemente arrugados; otro garabateado, quien sabe si por la mano de un niño o por la de un loco, o ese otro que en mala hora prestaste con toda tu

ilusión a una turbia amistad que jamás te lo devolvió. Y aun así, sabes que inevitablemente seguirás prestándolos.

Podría hablar de nombres, pero no habría sitio en esas páginas para tantas palabras y silencios, para tantas maletas de gozos, perplejidad y asombro.

Casi al principio de esas palabras decía que en el comienzo fue el sonido, la voz que recita, la mirada que escucha.